
Las mujeres de los cuentos de Inés Arredondo*

Claudia Albarrán

De los 34 relatos que Inés publicó en vida, y que integran sus tres libros (*La señal*, 1965; *Río subterráneo*, 1979 y *Los espejos*, 1988), prácticamente la mitad están narrados por mujeres —ya sean niñas, adolescentes o adultas— y muchos otros cuentos, si bien corren a cargo de un narrador omnisciente o de una voz masculina, tratan algún tema relacionado con las mujeres. ¿Qué quiero decir con esto? Que, aunque quizá Inés no se lo propuso así, muchos de sus relatos tocan aspectos de una condición muy particular, la femenina, ya sea por las problemáticas que en ellos se plantean (como el embarazo, la maternidad, el vínculo entre madres e hijos y la aceptación o el rechazo a la educación tradicional que las mujeres reciben de sus padres) o por la mirada y la voz de quienes cuentan las historias.

Pero afirmar lo anterior podría llevarnos a reducir la obra de Inés, a observar sólo algunos árboles, sacrificando la visión global del bosque, rico en otras especies. En sus relatos hay también muchos otros hilos temáticos que exploran problemáticas comunes a las mujeres y a los hombres, es decir, a la condición humana en general, que no podemos dejar de mencionar aquí, aunque sea de manera superficial; me refiero a la posibilidad o imposibilidad de las relaciones de pareja; al rechazo, la aceptación o el descubrimiento —a veces tardío— de la sexualidad de los personajes, sean éstos masculinos o femeninos; a su enfrentamiento con la muerte, el dolor y otras situaciones límite, como la locura, la perversión y la maldad.

* Conferencia leída en "La Semana Internacional de la Mujer", Sala Manuel M. Ponce, Palacio de Bellas Artes, el 9 de marzo de 1997.

De hecho, las circunstancias y los problemas que confrontan los personajes de Inés Arredondo (sean hombres o mujeres) son tantos y tan variados que sería imposible delimitar en este momento y con exactitud todos sus rasgos distintivos, sus matices, sus vericuetos. Lo que sí podemos intentar aquí es señalar algunas características, valores y actitudes comunes a *sus mujeres*, aunque para ello tengamos que dejar de lado otros elementos no menos importantes de su narrativa.

Lo primero que hay que decir es que en los cuentos de Inés Arredondo las circunstancias, las situaciones —sean o no límites— no tienen valor en sí mismas; están ahí para “obligar” a los personajes femeninos a ser, a mostrarse, a definirse, a reaccionar de una buena vez y para siempre. Los cuentos son, en este sentido, crónicas de una metamorfosis, fotografías tomadas en el momento preciso del cambio de actitud, retratos de un instante fundamental que cambiará el rumbo futuro de sus vidas.

Y es que, cuando los relatos inician, la vida de las protagonistas (llámense como se llamen) es anodina y tranquila; todas ellas están habituadas a una cotidianidad que no cuestionan ni modifican; se hallan acomodadas a un mundo sin aristas ni sobresaltos, protegidas por una especie de capelo que las cobija a la vez que repele las amenazas del exterior. No se trata precisamente de una vida mediocre o triste, al menos, no en todos los casos; algunas son infelices por motivos ajenos a ellas; otras, sufren el abandono, la infidelidad o la incomunicación con su pareja y algunas más —las menos, por cierto— transitan “inocentemente” por la vida, rodeadas de amigos, de seres que las quieren y ambientes rebosantes de una naturaleza prodigiosa que las reconforta, envuelve, vivifica.

Sin embargo, y esto sí es común a todos los cuentos, en un momento dado y por diversas razones (ya sea el destino, la casualidad, el amor o el deseo personal de salir de la cotidianidad), las certezas que las cobijaban se quiebran, se deshilvanan, dejándolas a la intemperie y sin protección. Es entonces cuando llega el momento de la revelación, de la caída o la elevación, de la confrontación consigo mismas, de mirarse al espejo para optar por un rostro distinto al que tenían antes de esa experiencia, a veces dolorosa, a veces gratificante, a veces ambigua y sin adjetivos. Inés les ha puesto una trampa, las ha obligado a elegir entre la espada y la pared,

cuestionando en ellas esa supuesta estabilidad, esa inocencia o pureza de la que hacían gala.

Algunos fragmentos tomados de dos relatos dan cuenta de ese cambio de "estado" (si es que podemos llamarlo así). Al iniciar su discurso, antes de que Luisa, la Sunamita, se case con su tío Apolonio en artículo mortis, afirma:

En el centro de la llama estaba yo, vestida de negro, orgullosa, alimentando el fuego con mis cabellos rubios, sola. Las miradas de los hombres resbalaban por mi cuerpo sin mancharlo y mi altivo recato obligaba al saludo deferente. Estaba segura de tener el poder de domeñar las pasiones, de purificarlo todo en el aire encendido que me cercaba y no me consumía.¹

Y después de tener relaciones con su tío, Luisa pone fin a su crónica con las siguientes palabras, radicalmente distintas a las iniciales:

Pero yo no pude volver a ser la misma. Ahora la vileza y la malicia brillan en los ojos de los hombres que me miran y yo me siento ocasión de pecado para todos, peor que la más abyecta de las prostitutas. Sola, pecadora, consumida totalmente por la llama implacable que nos envuelve a todos los que, como hormigas, habitamos este verano cruel que no termina nunca (p. 96).

Por su parte, "Año nuevo", el cuento más breve de la obra de Inés y quizá uno de los más gratificantes y hermosos, ilustra a cabalidad el cambio radical y positivo que la protagonista experimenta en su interior después de tener un breve y azaroso encuentro con un hombre en el metro. Lo transcribo completo:

Estaba sola. Al pasar, en una estación del metro de París vi que daban las doce de la noche. Era muy desgraciada; por otras cosas. Las lágrimas comenzaron a correr, silenciosas.

Me miraba. Era un negro. Ibamos los dos colgados, frente a frente. Me miraba con ternura, queriéndome consolar. Extraños, sin palabras. La mirada es lo más profundo que hay. Sostuvo sus ojos fijos en los míos hasta que las lágrimas se secaron. En la siguiente estación, bajó (p. 135).

Si en "La Sunamita" la experiencia con el tío Apolonio ha marcado y modificado la percepción que Luisa tenía de sí misma (la diosa, virgen inmaculada se transforma en una prostituta abyecta), en "Año nuevo" el encuentro con el negro ha reconfortado a la mujer solita-

¹ En Inés Arredondo, *Obras completas*, Siglo XXI, México, 1988, p. 88. En adelante, cada vez que citemos algún fragmento de los cuentos sólo indicaremos entre paréntesis el número de página de la que tomamos la cita.

ria y su mirada le ha calado hasta los huesos. Situaciones y circunstancias distintas, es cierto, pero que comparten un elemento común: ambas mujeres han quedado selladas, marcadas por la experiencia.

Otra característica común a las mujeres de Inés Arredondo es su falta de temor, su valentía, su coraje para sobrevivir una vez pasada la tormenta. Es cierto que muchas de ellas ni siquiera imaginan lo que les sucederá y aceptan lo venidero como una imposición del destino; es cierto también que algunas producen un cambio de condición por rebeldía, por despecho, por pasión, por celos o por necesidad, pero ninguna de ellas "evita" que suceda lo que tiene que suceder. Por el contrario, una vez fuera del capelo que las protegía, la mayoría se lanza a la aventura como si fuera ése el último acto de su vida, como el jugador que apuesta todo su dinero en la ruleta; se vuelcan de lleno en la nueva experiencia como quien no tiene nada que perder. En ellas no caben las dudas ni las vacilaciones, y pasan de la inocencia o la mediocridad que las caracterizaba, a la maldad o al éxtasis como si no mediaran fronteras. Son más apasionadas que las pasiones, más perversas que la misma perversión, más papistas que el papa. ¿Inconsistencia? ¿Irresponsabilidad? ¿Locura? ¿Sumisión a las fuerzas ocultas de un destino? ¿Falta de carácter? ¿Inexperiencia? ¿Estatismo? No, o al menos no en la mayoría de los casos. Sus actitudes nos remiten a una propuesta fundamental para Inés Arredondo: no hay blancos ni negros, verdades absolutas, vidas y rostros definidos, creencias ni ideas fijas. La pureza y la impureza, el bien y el mal, la sombra y la luz, el orden y el caos son uno y lo mismo: la serpiente se ha mordido la cola y nadie puede decir cuándo comienza o termina el gris, los medios tonos. Por eso uno de los *leit motiv* de las protagonistas de los cuentos es la necesidad de ser, de existir, aunque sea en la ignominia.

En todas estas mujeres hay otra característica compartida: la soledad como condición existencial, un estado insuperable, connatural por el simple hecho de haber venido al mundo, pero que se ve doblemente agudizado por los seres que las rodean y adquiere matices como el aislamiento, el abandono, el desarraigo, el autoexilio interior.

A pesar de los efímeros contactos que las mujeres tienen con los demás personajes, podemos decir que los hombres (el padre, el marido, el amante) son más bien figuras estigmatizadas, condena-

das, tachadas, ironizadas en la obra de Inés. Las mujeres no sólo los padecen como se padece una enfermedad, sino que sus cambios de actitud muchas veces están determinados, condicionados, motivados por ellos.

Los relatos "En la sombra", "Atrapada", "Sombra entre sombras" son sólo ejemplos del poder que la mirada de los hombres (o, mejor dicho, su ausencia) ejerce sobre las mujeres. La protagonista de "En la sombra" (título que, por lo demás, condensa esa percepción que la mujer tiene de sí misma y de su marido: ella es una sombra, él es la luz) afirma constantemente: "(yo) no era más que un papel arrastrado por el viento" (p. 141), "él me veía y no me miraba, ni siquiera podía distraerse para darse cuenta de que yo sufría. Estaba ensimismado, mirando en su fondo un punto encantado que lo centraba y le daba sentido al menor de sus gestos y a cuyo alrededor giraba el mundo, un mundo en el que yo no existía" (p. 142). Y se autonombra "gusano inmolado", "menos que nadie" (p. 144). O bien la adolescente de "Sombra entre sombras", una chica de quince años que no recibió de su madre la menor educación sexual y a quien Ermilo Paredes compra para realizar *en ella* sus perversiones, aunque, al final, ella no sólo acepta sino incluso propicia con su deseo todo tipo de aberraciones.

Por su parte, relatos como "Estío", "Canción de cuna", "El árbol", "Estar vivo", compartirán una nota común: las protagonistas (madres solteras, viudas, divorciadas o seres abandonados) no cuentan con el apoyo de los hombres. La ausencia de la figura masculina en esos cuentos algunas veces va acompañada del establecimiento de un cierto vínculo "secreto" entre la madre y su hijo, de la alteración de los roles familiares en general (los abuelos crían a los nietos como si fueran sus padres naturales, por ejemplo, cuestionando con ello el valor de la paternidad biológica), así como de un proceso de debilitamiento de las relaciones amorosas entre la mujer y su pareja (si es que la tiene). Los hijos son, las más de las veces, el pretexto perfecto para que los padres biológicos se vayan de casa en búsqueda de otros olores y otros cuerpos; también son un estorbo en las relaciones de pareja, y el aborto es la única solución que tienen las mujeres para tratar de retener a su lado a sus maridos.

En "Lo que no se comprende", la sensación de la hija es la siguiente: "Se sentía colocada entre los dos como un estorbo, algo que los dividía" (p. 224). En el cuento "Atrapada", Ismael le dice a

su esposa, después de que ella ha sufrido un aborto: "ya te dije que somos diferentes; procrear es simple, puede hacerlo cualquiera, y en cambio buscar y encontrar la forma última del amor es solamente para nosotros. Los hijos se interponen" (p. 171). En "Estar vivo", Leonardo abandona a su familia por Angela, su amante, y cuando esta última se embaraza y aborta, comenta: "de nuevo la vida y la felicidad estaban entre nosotros, relucientes. Angela estaba llena de salud y de entusiasmo. No había pasado nada" (p. 63). Una frase tomada del cuento "De amores" puede servirnos para sintetizar este último punto referente a la soledad de las mujeres y al conflicto que producen los hijos en las relaciones de pareja: "Las grandes amantes no tienen hijos" (p. 245).

La ausencia de la figura masculina en la obra de Inés tiene, lógicamente, una variedad de efectos no sólo en las mujeres que sufren el abandono o el rechazo de sus parejas, sino en los hijos, producto de esas relaciones tortuosas y conflictivas. Así, la soledad existencial de las protagonistas no es más que el inicio de una larga cadena de soledades originarias que va heredándose de generación en generación, de abuelas a madres y de madres a hijos, como una suerte de destino ineludible que cala hondo, muy hondo en los personajes.

A lo dicho hasta aquí habría que agregar la falta de apoyo, comprensión y ayuda de los padres a sus hijos, si es que los tienen. Los familiares de los protagonistas están ahí para hacer que se cumpla su voluntad o evitar todo lo que a sus ojos contravenga los valores de la sociedad, aunque para ello sea necesario castigar, manipular u obligarlos a realizar actos que atentan contra su libertad y sus deseos, como encerrar en un cuarto a una joven madre natural ("Canción de cuna"), obligar a las hijas a contraer matrimonio con quienes ellas no desean ("Olga") o venderlas al mejor postor ("Sombra entre sombras").

La crítica que Inés realiza en sus cuentos al papel que desempeñan los padres y demás familiares en la vida de sus protagonistas es feroz, despiadada: incestos, padres que abusan de sus hijos, familiares que tuercen los destinos de las adolescentes por evitar el "qué dirán", madres y padres para quienes el sexo y la educación sexual es un mito y un pecado mortal, algo "feo y cochino" que es mejor mantener en secreto.

No obstante todas las limitaciones, la gran mayoría de las mujeres de Inés logran salir de ese mundo estrecho y consiguen abrir sus alas como la mariposa que abandona la crisálida. Es cierto que el resultado de ese viaje, de ese cambio de rumbo de sus vidas, generalmente culmina en la locura, la muerte, el desamor, en un abismo mucho más profundo y doloroso de aquél del cual intentaban escapar. Como las palomillas que persiguen obsesivamente la luz del farol, la mayoría de las protagonistas terminan consumidas por sus deseos, girando ciegas en torno a ese centro que motivó su vuelo y que, paradójicamente, motivará también su fin. Pero eso, parece decirnos Inés, es lo que menos importa.

Después de leer los cuentos queda en el lector una certeza, una suerte de moraleja que contradice la moral tradicional a la que nos han habituado las fábulas clásicas: hay que emprender el vuelo, sentir el aire en el rostro, despegar las alas de una buena vez y para siempre, aunque, para ello, haya que morir en el intento.